

Patología, Histología e histotecnología hondureñas en los años 40

Dr. Raúl A. Durón Martínez

Nuestro primer contacto con el mundo maravilloso de la histología ocurrió en 1945, cuando, siendo estudiantes del Tercer Año de Medicina, en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, comenzamos a cursar esa asignatura, impartida en ese entonces por el Dr. Antonio Vidal.

El Dr. Vidal, además de buen médico, era un intelectual polifacético, poeta y político. Muy agradable en su trato y dentro de lo que es la Ciencia en nuestro medio, se le podría haber catalogado como un Científico, pues se esforzaba en descubrir la verdad en el campo de la medicina, mediante métodos de investigación que él manejaba, a pesar de lo precario del medio, con verdadera maestría.

Había escrito un texto de laboratorio clínico que nos servía de guía para procedimientos a seguir en el laboratorio del hospital general y donde se apreciaba la clasificación de mosquitos en nuestro país que el había efectuado. ¡Mucho decir de un Médico hondureño en aquel tiempo, carente de todo fervor en el campo de la Ciencia!:

Jefe de Servicio de Patología
IHSS

La clase de Histología, impartida por el profesor Vidal, era sin embargo, teórica, y llegábamos a conocer la estructura íntima de los tejidos solamente a través de las fotografías y dibujos de los textos de histología. No teníamos la oportunidad de observar al microscopio preparado histológicos, ya que en aquel entonces no existían laboratorios equipados para tal menester. En vista de tal situación, varios compañeros nos ingeniamos para adquirir preparados histológicos hechos en la República de El Salvador. Recuerdo que mi primer set de preparados histológicos, 25 en total, los obtuve en esa forma a través de un amigo que residía en ese entonces en San Salvador. Me refiero al Br. Edgardo Alonzo Medina, quien por pura coincidencia se encontraba ese año en aquel hermano país, sin que ello tuviera relación alguna con la masiva emigración hacia ese rumbo, que varios estudiantes hondureños habían efectuado después de los graves disturbios políticos de 1944, ya por todos conocidos.

Fue así como desde esa época me volví un ferviente fanático de la microscopía tisular, haciéndome un experto en diagnosticar imágenes histológicas de los diferentes órganos de la economía humana.

Al año siguiente (1946) cursamos la asignatura de Anatomía Patológica, con el Dr. José Ramón Durón. La metodología a seguir era exactamente igual que con la previa histología, con la diferencia que el Dr. Durón sí

nos mostraba preparados patológicos que, él había adquirido, a saber cuántos años atrás, en los diferentes países europeos y americanos que solía recorrer.

Se puede afirmar categóricamente pues, que en la década de los 40 no existían patólogos en nuestro país. Los hospitales generales y privados no contaban con servicios de Patología y quienes nos impartían clases de Histología y Patología no eran patólogos, pero que, por afinidad con el ejercicio médico al cual se dedicaban, eran considerados como la mejor alternativa para instruirnos en dichas asignaturas.

Es más, el laboratorio clínico no contaba con histotecnólogos, es decir, técnicos dedicados a efectuar preparados tisulares tanto para Histología normal como para Histopatología.

Sin embargo, ya comenzaba a germinar en el espíritu de algunos compañeros, el grano que con el tiempo llegaría a constituir el árbol de la Patología en Honduras y dos preguntas comenzaban a zumbear en sus oídos:

¿Por qué no hacer en nuestro medio preparados histológicos?

¿Por qué no comienza alguien a prepararse como Patólogo?

Yo acepté el reto y desde ese entonces (1945) y a lo largo de todo el tiempo cuando fui interno del Hospital General San Felipe(1946-1949), me propuse no solamente a hacer preparados histológicos por mi cuenta, sino que a abonar el terreno para llegar algún día a convertirme en especialista en Patología.

Me puse en contacto entonces con el Br. Asdrúbal Raudales A., quien por ese entonces hacía intentos para procesar tejidos. Era mi vecino en Comayagüela, y había conseguido en calidad de préstamo un viejo micrótopo, tipo deslizamiento, que se encontraba sin uso en la Facultad de Medicina desde hacía mucho tiempo, pero el desconocimiento total de la técnica en preparar tejidos, muy larga y muy tediosa, hacían totalmente infructuosos nuestros esfuerzos de llegar a utilizar aquel aparato oxidado y con algunos tornillos f altantes. Otros dos compañeros, ya fallecidos, se unieron a mis esfuerzos para lograr preparados aceptables. Ellos era el Br. Guillermo Palacios (QEPD) y el Br. Atílo González (QEPD).

Como obtener parafina para infiltrar los tejidos con la misma y preparar los bloques? ¿Cómo lograr cortar los tejidos con mayor facilidad? ¿Cómo mantener la parafina en estado líquido y luego adherir los tejidos al porta objetos? ¿Cómo obtener una coloración razonable? etc. etc.

Para resolver estos y otros problemas tuvimos que usar nuestro ingenio. En vez de parafina, que no se conseguía en el país, utilizábamos cirios (candelas) que obteníamos en La Equitativa, cerca del Parque La Concordia.

Como adolecíamos de una estufa que lograra mantener derretida la parafina tuvimos que construir una de madera y adaptarle por dentro un bombillo eléctrico que diera suficiente calor interno.

Lo mismo ocurrió con el micrótopo. Lo tuvimos que construir y para ésto fue increíble la habilidad de Atílo, quien era bastante ingenioso. De alguna manera nacíamos progresar de abajo para arriba, dentro de un tubo galvanizado, el bloque de parafina. Luego, utilizando una hoja nueva de razurar (Guillette) y al puro cálculo, ya que no disponíamos de un medidor de mieras, deslizábamos la improvisada cuchilla sobre el bloque y así lográbamos delgadas capas de tejido, para proceder a su coloración posteriormente.

Los fracasos, desde luego, eran muy frecuentes y eran la regla, más que la excepción de la misma. Este trabajo duró meses, pero jamás tiramos la toalla, hasta que un día los éxitos comenzaron a aflorar.

Los preparados más aceptables los fui apartando para ilustrar mi trabajo de Tesis (leída en 1950) y que versaba precisamente, sobre la importancia de introducir la práctica de la Patología en nuestro país.

Recuerdo que una vez, allá por 1946, llegó al Laboratorio del Dr. Vidal una biopsia de tumor de mama. Me preguntó si estaba en capacidad de hacer los preparados histológicos de la misma (pues ya sabía él que yo trabajaba en eso) y le contesté con seguridad y aplomo que sí. El preparado que le hice, aunque no de muy buena calidad, satisfizo al Dr. Vidal y nos atrevimos, en base al mismo, hacer un diagnóstico de cáncer mamario. Procedimiento muy empírico, quizás, y hubiera tal vez significado complicaciones judiciales de no haber sido que dos meses más tarde llegó el diagnóstico confirmativo de Panamá.

De ahí en adelante (1947-49) ya ejerciendo funciones en el Internado del Hospital, me asocié con el Br. Joaquín Nuñez, quien también estaba interesado en el procesamiento de biopsias, sobre lo cual trataría su trabajo de tesis.

Con la ayuda del Dr. Vidal, quien era propietario en ese entonces de un laboratorio clínico ubicado en la Avenida Paz Barahona, frente al Palacio Episcopal, obtuvimos prestado un micrótopo de su propiedad que fue ubicado en el Laboratorio del Hospital San Felipe, donde trabajábamos Quincho y yo. Fue así como, sumando además las experiencias anteriores, logramos obtener cortes más razonables, afinando al mismo tiempo las técnicas de coloración.

Esta experiencia en Histotecnología, sin haber contado con asesoría alguna, excepto nuestro entusiasmo y sentido común, sirvió como base para el trabajo de Tesis del compañero Joaquín Nuñez, leído en su investidura como Médico y Cirujano en 1948. Lo intituló "Apuntes de Patología".(2)

Al retirarse el compañero Nuñez continué yo solo, acumulando más documentos en histotecnología para mi trabajo de Tesis y efectuando una que otra autopsia con el mismo objetivo. A finales de 1949, logre completar ese trabajo intitolado: "Importancia de la Anatomía Patológica" (Necesidad de su introducción en nuestra Medicina) (1).

Para testimoniar estos esfuerzos me propuse obtener fotografías a través del microscopio, de los casos más interesantes obtenidos. Esto nos lleva a otra corta historia.

No existían fotógrafos en Tegucigalpa que pudieran auxiliarnos en este tipo especial de tecnología.

Sin embargo, convencido de la necesidad de demostrar gráficamente nuestra poca experiencia sobre el asunto en nuestro trabajo de Tesis, pues de otra manera no lograríamos convencer a la Terna Examinadora ni a nadie más, formada por los Dres. Gilberto Osorio Contreras (QEPD), J. Ramón Durón (QEPD) y José Gómez Márquez H. (QEPD), nos propusimos experimentar esta nueva tecnología por nuestra propia cuenta.

El Dr. J. Ramón Durón fue extremadamente generoso conmigo, pues creía firmemente en las bondades de la

Anatomía Patológica, y puso a mi disposición un microscopio de la Casa de Salud El Carmen. También me proveyó de una cámara fotográfica que pudiera adaptarse al tubo ocular del microscopio y de abundantes rollos de película para que me pusiera a experimentar. Recuérdese que él era un gran fotógrafo aficionado y por eso guardaba colección de cámaras fotográficas y películas de fotografía.

Fue así como me puse a experimentar y agudizar mi ingenio para lograr obtener microfotografías aceptables, hasta que un día, después de desperdiciar kilómetros de rollos de película, logré estandarizar los factores más importantes, tales como: Centralización de la imagen mediante el principio de Kihler, intensidad de luz, tiempo de exposición, etc. y los buenos resultados no tardaron en aparecer.

Esas microfotografías (fig. 1, 2, 3 y 4) obtenidas en los años 1947, 1948 y 1949, son sin lugar a dudas, las primeras fotografías obtenidas a través del microscopio en nuestro país.

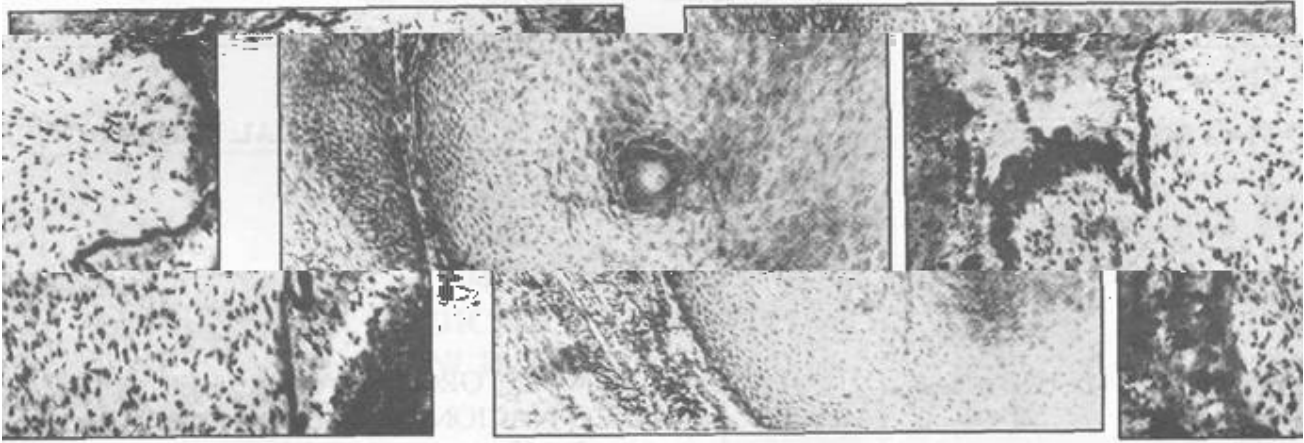
El objetivo de este trabajo es demostrar que la década de los años cuarenta, si bien desprovista de Patólogos, Histólogos e Histotecnólogos especializados, representa sin lugar a dudas la base firme sobre la cual descansa el actual andamiaje de la patología en nuestro país.

Durante todo este tiempo se trabajó con entusiasmo, energía, dedicación y suficiente visión futurística para que en la siguiente década ya se pudiera contar con especialistas en estos diferentes campos de la Medicina Hondureña.

Se sabía que mientras esto no ocurriera, continuaría el subdesarrollo de nuestra medicina y que era necesario, urgente, contar con Patólogos conscientes de poner en marcha esa responsabilidad histórica, para beneficio en diferentes áreas de la misma, tanto en la docencia como en el diagnóstico efectivo y la investigación.

REFERENCIAS

- 1.-DURON, RAÚL A.M. Importancia de la Anatomía Patológica. TESIS: Facultad de Medicina, Universidad Nacional, 1950.
- 2.-NUÑEZ, JOAQUINA.: Apuntes de Patología. TESIS: Facultad de Medicina. Universidad Nacional, 1948.



Vellosidades Coriales H y E. 40 x

Fig. 2.- Carcinoma epidermoide de pene HyE. 40 x 1949

Fig. 1. Detalle de 19949

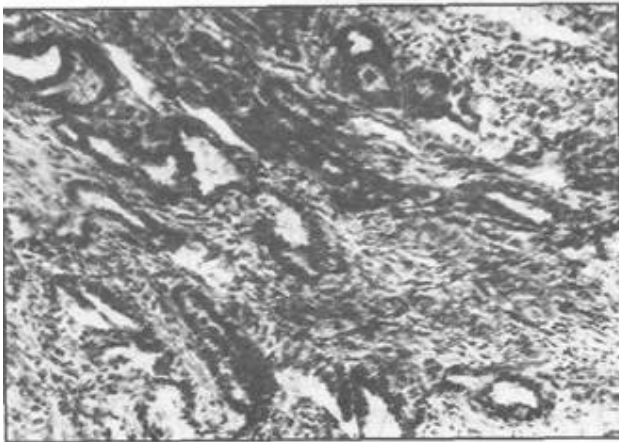


Fig. 3. Adenocarcinoma invadiendo tabique recto vaginal. HyE. 20 x 1949.

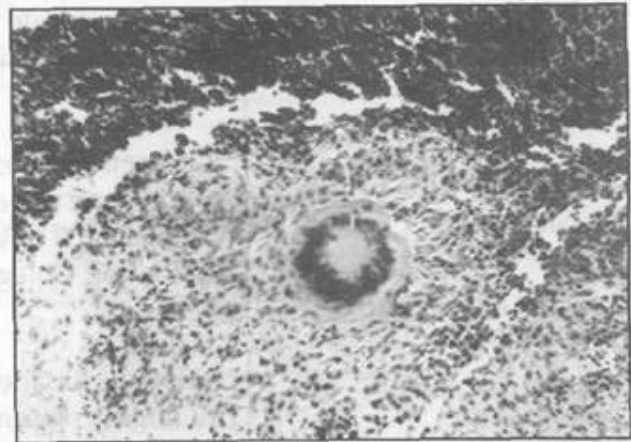


Fig. 4.- TBC de ganglio linfático cervical HyE. 20 x 1949.

Del trabajo de Tesis: Importancia de la Anatomía Patológica: Necesidad de su Introducción práctica en nuestra Medicina, 1950.